las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo á este punto Don Quixote: tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si, como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduría, el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías agenas, que tan gentil temeroso soy yo de

Dios, como cada hijo de vecino: y déxeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quixote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Quando estaban Don Quixote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyéron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas que, con larga carrera y grita, iban á recebir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del Cura y de la parentela de entrámbos, y de toda

la gente mas lucida de los Lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dixo : á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos coralles, y la palmilla verde de Cuenca es tierciopelo de treinta pelos : y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache, no medre yo, si no son anillos de oro y muy de oro y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Ó hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos (*l*), ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dixes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes (1).

(1) Frase con que se expresa que alguno emprendio ó

Rióse Don Quixote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza : parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones : y á la sazon que llegaban al puesto, oyéron á sus espaldas grandes voces y una que decia : esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volviéron la cabeza y viéron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de to-

executó cosas arduas. Estos bancos son unos ribazos de arena, que van formando las olas de la mar, y muy peligrosos á los navegantes.

dos por el gallardo Basilio, y todos estuviéron suspensos, esperando en que habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dixo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo, y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de

por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vayna á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo de sus mesmas armas traspasado. Acudiéron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dexando Don Quixote á Rocinante, acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el Cura que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada, dixo:

si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon y ademas muy hacedera, y que el Señor Camacho quedaria tan honrado, recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber que hacer ni que decir; pero las voces de los amigos de Basilio

silio fuéron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le moviéron y aun forzáron á decir, que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudiéron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un mármol y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dixera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como christiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la

mano por señas y no por palabras. Desencaxó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dixo: ¡ó Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo quando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo; sino que confieses y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo, pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentos pensaban, que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo, te doy la mano

de legitima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se dexe de requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado, el qual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vayna su cuerpo. Quedáron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzáron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó:

no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado y atónito acudió con ámbas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuviéron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dixo que ella le confirmaba de nuevo, de lo qual coligiéron todos, que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitiéron su venganza á las manos, y desenvaynando muchas espadas, arremetiéron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo, Don Quixote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas

pluguiéron ni solazáron semejantes fechurías, se acogió à las tinagas donde habia sacado su agradable espuma; pareciéndole aquel lugar como sagrado que habia de ser tenido en respeto. Don Quixote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una mesma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto quando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso

pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuviéron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente (*m*) y bien intencionado, con las quales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo qual volviéron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho que, si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado que por habérsela dado (1). Consolado pues y

(1) Un caso verdadero, en algo semejante á este inventado, refiere Don Luis Zapata por estas palabras. *A este proposito me conto el licenciado Salguero Menas Albas que pasó un pleyto en Valladolid. Estaban dos de Burgos concertados de secreto de casarse: partese el mancebo á Flandes, y en su ausencia tratansele á la moza muchos casamientos: ella unas veces por unas dolencias, y otras por otros achaques entretiene la obediencia, que á sus viejos padres debia, por ocho meses, que fue el tiempo que entre ambos por cartas se puso: el ausente enamorado, que no pudo venir al plazo, dexadas todas las cosas de alla, dende á poco tiempo vino: pregunta por su amada señora luego en llegando á Burgos, y dicele un tal Mesa que casaron contra su voluntad á la desdichada, y de descontento murio, y la enterraron á la mal lograda. El mozo, que esto oyo, de dolor estubo para perder el juicio: va adonde estaba enterrada, hinche la iglesia de gritos y gemidos, da al sacristan, porque se la dexe ver despues de muerta, qutaro escudos, abre la tumba, que estaba en una boveda, hallala viva: ya podeis ver quanta alegria, mientras menos lo esperaba, tendria del felice suceso recibida: tubola en la iglesia dos ó tres dias: llevala á su casa á poco tiempo: conocenla los padres: y el falsamente viudo primer marido pidela por justicia: anda el pleyto: sentencia el corregidor, amparando en su posesion al que la tenia, y la volvio de la muerte á la vida: fue el pleyto por apelacion á Valladolid: en que paró no lo sé; sino que este caso estraordinario fue á toda España notorisimo.* (Biblioteca Real: est. H. cod. 124, f. 76, b.) Tengase presente el suceso de los Amantes de Teruel.

pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegáron, y el rico Camácho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisiéron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y así se fuéron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjée y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quixote, estimándole

por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duráron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor que con la quadrilla de Basilio iba: y así se dexó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia: y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la Cueva de Montesínos, que está en el corazon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

Grandes fuéron y muchos los regalos que los desposados hiciéron á Don Quixote, obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduáron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la eloqüencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los quales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á